

La Biblioteca Nacional de México, la más importante de Latinoamérica por su Fondo Antiguo

Entrevista con Salvador Equiguas

Alma Olguín Vázquez*

Fundada en 1867, la Biblioteca Nacional de México, encargada de salvaguardar la memoria bibliográfica de nuestro país, resguarda en la actualidad casi dos millones de libros y documentos. Su Fondo Reservado es de vital importancia por su tarea primordial de preservar y organizar las colecciones que, por su rareza, ejemplares limitados y por su valor, requieren de cuidados especiales para su conservación. Es ahí donde se abriga el Fondo Antiguo, en el que se encuentra un valioso acervo no sólo por su significado, sino por su trayectoria y su origen.

El fondo inicial fue instaurado de manera oficial tras las leyes de expropiación de los bienes eclesiásticos, entre los que se incluyeron el acervo bibliográfico de la Universidad Real y Pontificia y parte de las bibliotecas de los grandes conventos coloniales como el de San Francisco.

De autores principalmente franciscanos y jesuitas: tratados teológicos, filosóficos, textos sobre astronomía, medicina, botánica, lenguas indígenas, fondos epistolares, crónicas, traducciones de los autores clásicos al español novohispano y un inmenso *corpus* de escritos en latín, que era la lengua culta por medio de la que se hacía la transmisión de conocimientos formales en el ámbito de las instituciones, fueron los grandes troncos que dieron origen a esta biblioteca, explica el maestro Salvador Equiguas, secretario académico del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, instancia que tiene bajo su custodia la Biblioteca Nacional de México.

La formación de historiador interesado en los pueblos indígenas lleva a Equiguas a mantener una actitud afectiva y emocional al referir: “Sin temor a equivocarme, puedo

decir que nuestra biblioteca es la más importante de Latinoamérica, precisamente por su Fondo Antiguo, pues aunque existen otras bibliotecas, como la de Brasil, que casi nos triplica en cantidad, no cuenta con un fondo antiguo del siglo xvi ni tiene incunables”.

Éstos son los documentos más antiguos que posee la biblioteca, un conjunto de obras medievales que trajeron consigo los frailes: “Recordemos que México fue el primer asentamiento de la imprenta en América, con todo lo que ello significa. Nosotros somos herederos naturales de esos acervos, así como de la propia creación que resguardamos y estudiamos”, expresa.

Gran aportación de la Biblioteca Nacional de México, dice, es que tiene la vocación de ser el resguardo de nuestra memoria y de nuestra propia tradición en todas las modalidades de las lenguas.

El estudioso explica que entre los documentos más importantes se encuentra la segunda edición, impresa en 1571, de *El galeón de Anáhuac* de Fray Alonso de Molina: primer vocabulario del castellano a la lengua náhuatl que, en su segunda edición revisada por el autor, le fue añadido el vocabulario del náhuatl al castellano.

Sobre la importancia de este documento, refiere que marcó la pauta a seguir para la elaboración de muchos otros vocabularios que se hicieron después, como el de la lengua michoacana que escribió Baturino Gilberti y al que tituló *El tesoro espiritual en la lengua michoacana*.

Pero si de documentos importantes se trata, el historiador añade el vocabulario del otomí al castellano, un manuscrito del que, dice, no se ha precisado su autoría pero se presume que pudo haber sido el misionero Horacio Carocci, que conocía bien la lengua mazahua y el otomí, y de quien,

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH.



por cierto, se creía que pertenecía a la orden jesuita, pero que recientes investigaciones de la doctora Yolanda Lastra apuntan a que fue franciscano. Probablemente escrito en el siglo xvii y basado en las entradas del texto de fray Alonso de Molina, el investigador refiere que el de Carocci es uno de los vocabularios más extensos en lenguas amerindias que resguarda la biblioteca.

También se encuentran sermones, manuscritos de fray Bernardino de Sahagún que, aunque no son los que se incorporaron al *Códice Florentino*, pertenecen a sus primeros escritos, probablemente anteriores a 1545.

En 1492, como un año paradigmático para la historia universal, Antonio de Nebrija publicó un vocabulario del latín al romance y al español, un estudio de la lengua latina cuyas normas gramaticales se utilizaron para la enseñanza en las universidades españolas y que los frailes aplicaron a su llegada a la Nueva España. Este estudio, impreso en Sevilla, también reposa en los anaqueles de la Biblioteca Universitaria.

“Es muy importante que nosotros contemos con esa publicación, porque fue tan importante la obra de este autor que



se siguieron imprimiendo sus gramáticas de la lengua latina durante algunos siglos después. En Puebla, en el siglo xvii, por ejemplo, se publicaron algunas partes de los fragmentos que no habían sido incorporados a las primeras ediciones y también se encuentran aquí”, añade, y reflexiona: “Este acervo es como un eslabón en la historia de nuestra tradición intelectual y de nuestro pensamiento creativo sobre la literatura, la historia, la filosofía y de cómo los mexicanos hemos visto estas formas de pensamiento a lo largo del tiempo”.

Convencido de lo anterior, pasa a describir un manuscrito denominado *Cantares mexicanos*: “Yo me atrevería a denominarlo casi un código, aunque con escasos elementos pictográfico-fonéticos de la escritura antigua. Está escrito en glosa latina pero con el pensamiento nahua y la influencia colonial del sincretismo cultural”. Explica que *Cantares mexicanos* está compuesto por 12 obras pequeñas. La primera es una colección de cantares antiguos, entre los que hay que resaltar algunas piezas atribuidas a autores de origen prehispánico. Pareciera que algunas tradiciones orales lograron sobrevivir a la Conquista y que se conservaron en forma de cantos, los cuales luego se trasladaron al papel, donde se incluyen acotaciones de autor: señales para marcar gestos, entradas de música y la rítmica de alguna danza.

Por esos documentos, comenta, sabemos que Francisco Plácido Domingo fue un prolífico compositor de la época colonial que escribió cantos a la Navidad; otro autor fue Valeriano, a quien se le atribuye un papel muy importante en la concepción del *Nican Mopohua*, así como muchos otros autores de los que se tiene noticia gracias a que quedaron plasmados en el papel.

Con una historia detrás de cada documento, el funcionario se refiere al circunstancial hallazgo de *Cantares mexicanos*: “El escritor y bibliófilo José María Vigil, quien fue director de esta biblioteca, los encontró dentro de una caja de zapatos prácticamente para la basura; sin embargo, de inmediato se percató de su importancia y dio a conocer su hallazgo en un congreso de americanistas, pues aunque no tenía conocimientos de náhuatl, supo de la importancia que tenían estos documentos, y aunque se lamentó por no contar en su momento con las herramientas para traducirlo, con la suerte de encontrarlos y la sabiduría para canalizarlos nos dejó uno de los grandes legados de la literatura prehispánica”.

Otro de los grandes tesoros de este acervo son los manuscritos de libros de coro de los siglos xvi y xvii en gran formato, así como un nutrido grupo de incunables, con su letra gótica a la usanza del invento de Gutenberg. Textos que, en su opinión, tienen un especial valor, quizá no para

la tradición intelectual mexicana pero sí como parte de la memoria de la humanidad.

Además, “nosotros podemos presumir que somos parte del puente entre el mundo occidental y el mundo oriental”, señala el historiador al hablar sobre uno de los dos ejemplares de *Las primeras artes de la lengua japona* que realizaron los jesuitas, haciendo uso de todo el bagaje cultural novohispano y que aplicaron en la evangelización Oriente lejano, cuando partieron de la Nueva España. Equiguas también presume que existen muchas otras obras referentes al mundo filipino.

“Por sus características, el Fondo Antiguo de la Biblioteca Nacional no es de consulta básica. Tan sólo consideremos que la mayor parte de los textos están escritos en latín novohispano, y a los manuscritos hay que entrarle con paleografía para acceder a su contenido. Eso nos da un perfil del usuario distinto”, aclara.

Sin embargo, explica que por medio del catálogo electrónico *Nautilo*, de consulta pública, se permite el acceso a estos acervos: “Se experimenta una excepcional sensación. Cuando uno entra a la letra antigua, a la foja vieja, te trasladas un poco sin querer en el tiempo, allá, donde y cuando fue escrito, y al cerrar el libro o manuscrito y regresar a la pantalla de la computadora, tienes que hacer una revolución mental para volver al presente”.

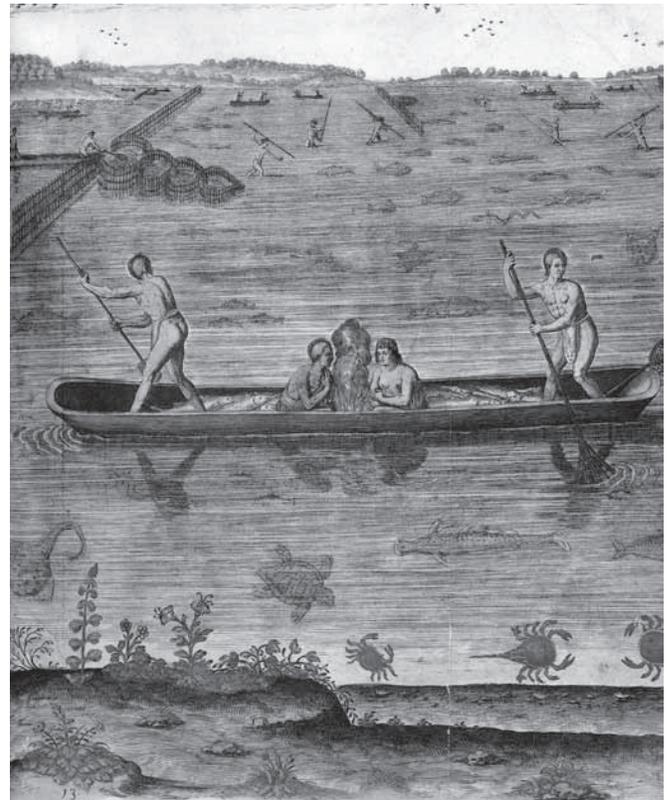
¿Y qué hacer con toda esta riqueza aún desconocida para el gran público no especializado? “Con excepciones, como es el caso de sor Juana, a México se le reconoce dentro de la creación literaria y como movimiento intelectual muy tardíamente. No hemos logrado tipificar ni siquiera para el español de la época colonial, mucho menos a las creaciones en letras indígenas, cosa que desde mi muy modesto parecer es un error.”

Explica que todavía se pone en tela de juicio el carácter estrictamente literario de los textos de la época colonial porque no se ha logrado despojarlos del sesgo sagrado. Sin embargo, argumenta: “Cuando vemos las piezas que están contenidas, por ejemplo, en los *Cantares mexicanos* o en *Los romances de los señores de la Nueva España*, podemos encontrar que no todos son dedicados en honor a alguna deidad. Algunas piezas tienen un carácter épico, mientras que otras son incluso complejas metáforas sexuales. Otras son cantos dedicados a la tristeza y algunas al placer carnal, lo que debiera convertir las en una literatura para su difusión y consumo”.

Pero quienes se han interesado en estos textos, dice, han sido historiadores, antropólogos, lingüistas y otros especia-

listas que quizá no contamos con las herramientas literarias para analizar estas formas, como lo pudo hacer, por ejemplo, Ángel María Garibay, quien con su vasta formación fue sensible a descubrir las grandes características del discurso indígena. En opinión de Equiguas, “sería bueno que estos textos llamaran la atención y cautivaran a los estudiosos de las letras para que trataran de tipificar algunos de los elementos del lenguaje simbólico de la creación literaria de estos pueblos”.

El estudioso añade que se podrían recuperar algunas obras dramáticas y representarlas. Quizá muchas de ellas tengan alguna tendencia a lo sagrado, pero con adecua-



ciones a pasajes que no forman parte del canon cristiano y que alguien se otorgó la dispensa de incluirlos. Nos falta mucho por hacer, aclara, ya no digamos del náhuatl, que es la lengua más registrada, sino también de otras igual de importantes como el purépecha, el mixteco, el maya yucateco, el tzetzal, el tzotzil, el otomí y el mazahua.

Ante el umbral de un desafío de reestructuración de nuevas formas de información y vehículos de conocimiento, Salvador Equiguas concluye: “Yo sí creo que el libro tradicional volverá a su origen y se convertirá en un producto de lujo. Por eso es tan importante el compromiso que ahora tenemos en la biblioteca de resguardarlo como un patrimonio cultural tangible”.